

## *DESTRUCCION Y RENOVACION EN LO ACTUAL DE PALESTINA*

Cuando después del brusco ataque general por el cual las fuerzas armadas del rey Hussein de Jordania sorprendieron y aplastaron, en julio del corriente año, al núcleo central de los guerrilleros palestinos, pudo creerse que el palestinismo como organización había dejado de existir. Después, durante los meses sucesivos, llegó incluso a parecer que todos los conceptos sobre los cuales se había basado el movimiento de resistencia de los palestinos llamados «árabes» (es decir, los musulmanes y los cristianos) tendrían cada vez menos bases de aplicaciones concretas. Tales pronósticos prematuros no se han cumplido después, aunque la acción de los dirigentes del referido «palestinismo árabe» haya perdido por el momento sus formas de expresión más activas. Más que de una liquidación o de una destrucción de los núcleos organizados del palestinismo nacionalista, tiende a hablarse de un eclipse. La derrota política, que fue evidente al verse los resistentes combatidos por un soberano árabe (incluso con una dureza y una saña mucho mayores que las empleadas por los gobernantes de Israel), ha dejado intactas dos realidades objetivamente evidentes. Una de ellas, la de la existencia de un pueblo palestino. La otra es la realidad de la utilidad de un ideal palestín; aunque su posible aplicación podría adoptar formas muy diversas.

De todos modos, puede considerarse que la totalidad del año 1971 ha marcado una etapa de cambios acelerados en los planteamientos de los diversos problemas candentes en el conjunto geográfico del Cercano Oriente, y en el sistema del conocido como «mundo árabe».

Respecto a Palestina y al palestinismo, la muerte de Gamal Abdel Nasser señaló por una parte el comienzo del final de una asistencia sincera a los palestinos desde los sectores de los jefes de Estado y los gobernantes de los países árabes (sobre todo los del Cercano Oriente), y a la vez facilitó que el rey Hussein decidiese no cumplir los acuerdos que en septiem-

bre de 1970 fueron solemnemente firmados en El Cairo. En general, puede decirse que no sólo en lo palestino, sino en lo egipcio y en otros varios sectores, casi todo lo que ha venido sucediendo durante 1971 ha venido siendo (o pareciendo) una negación o al menos un apagamiento de los postulados más entusiastas de lo que se conoció con el mote (a veces impropio) de «nasserismo». Las figuras que han destacado posteriormente carecen del entusiasmo y la visión total que tuvo el protagonista de la revolución egipcia; y no pueden ejercer sobre los pueblos árabes o arabizados ninguna acción carismática semejante a la de Gamal Abdel Nasser. De todos modos, entre los palestinos «árabes» queda el recuerdo de que la muerte del presidente egipcio fue en parte producida (o facilitada) por el empeño que Nasser puso en defender la causa de ellos.

En cuanto a la represión oficial jordana, se desarrolló intensamente en las tres etapas de enero, marzo y julio, hasta que el 19 de este último mes dijo en una conferencia de prensa el primer ministro jordano, Wasfi El Tell, que las bases de la resistencia palestina «se habían terminado para siempre» en Jordania. Aquello produjo como primer efecto inmediato la discordia entre los jefes de los diversos grupos guerrilleros. Yasser Arafat tuvo que declarar en septiembre que la resistencia palestina estaba «en un callejón sin salida».

Después hubo el atentado contra Yasser Arafat, que fue atribuido a extremistas de los pequeños grupos de palestinos más desesperados, sobre todo porque reprochaban al jefe del Fatah su actitud moderada y complaciente al prestarse a asistir a la conferencia de Yedda, organizada por el rey Faisal de Arabia para intentar una reconciliación entre los «fedayin» y el rey Hussein. Entre tanto, los jefes de los grupos palestinos más conocidamente extremistas (tales como el famoso doctor Georges Habach) han dejado los suelos más o menos palestinos, y por ahora no muestran actividades notables. En cuanto al conjunto y la distribución de los mismos guerrilleros, las diez organizaciones diferentes en que se subdividía el movimiento de resistencia de los referidos fedayin casi han quedado reducidas en la práctica en sólo tres (o al menos sólo tres siguen ejerciendo actividades destacadas). Son el Fatah, que aún dirige Yasser Arafat, más el FPLP de Georges Habach (Frente Popular para la Liberación de Palestina) y el FDPLP (Frente Democrático Popular para la Liberación de Palestina), cuyo portavoz ha venido siendo Nayef Hawatmeh...

Simultáneamente las tropas regulares palestinas agrupadas en la fuerza llamada ALP (Ejército de Liberación de Palestina) se desarticularon en las cuatro «brigadas» que la integraban, con un total de unos 8.000 hombres. En octubre, una de dichas brigadas se fue al Iraq, otra a Egipto, la tercera pasó a depender de las fuerzas armadas de Siria y la mayor parte de la cuarta quedó dentro del sector fronterizo del Líbano. Sobre la misma ALP hay que recordar que era el sector militar oficial dependiente del Consejo Nacional Palestino; o sea de la entidad que hacía función de parlamento, donde los palestinos residentes fuera de los territorios ocupados por Israel habían enviado 151 delegados representando todos las diversas tendencias.

Entre las causas de la confusión y la desintegración en el seno del movimiento de la resistencia nacionalista palestina, no sólo ha destacado como motivo principal la hostilidad del rey Hussein y de sus jefes político-militares originarios de tribus beduinas adictas a la dinastía jordana de los Hachimíes o Hachimitas. Mucho más honda y más desconcertante ha sido la actitud de gradual enfriamiento de los apoyos positivos por parte de varios de los Estados árabes.

Cuando en julio fue iniciada desde Ammán la etapa decisiva de represión y liquidación de los fedayin, la organización del Fatah publicó y difundió un mensaje pidiendo que, frente a la dureza de Hussein y el régimen jordano, se ejerciese una acción inmediata de los Estados que habían apoyado y garantizado el pacto que se firmó en El Cairo el 27 de septiembre de 1970. Después de aquella llamada del Fatah, hubo una iniciación de mediación de una delegación militar siria que estuvo en Ammán, pero se marchó a los cuatro días sin sacar ninguna conclusión. Un portavoz del Iraq pidió que Jordania fuese expulsada de la Liga Árabe, sin que nadie tomase entonces en consideración tal propuesta. En las oficinas centrales de la Liga, en El Cairo, se prefirió adoptar una fórmula presentada por Libia, según la cual fue proclamado el reconocimiento de que los fedayin son «los únicos representantes del pueblo palestino». Aunque aquello quedó reducido a una simple expresión verbal.

En Israel el primer efecto oficial visible y tangible de las consecuencias de la represión realizada por los elementos oficiales jordanos fue el de la llegada al sector ocupado, junto al río Jordán por las tropas sionistas, de varios grupos de guerrilleros fedayin, que prefirieron refugiarse en Israel antes que entregarse a las tropas del rey Hussein. Uno de ellos contó que

después de haber visto cómo los soldados de las fuerzas reales jordanas mataban a hombres, mujeres y niños, escapó hacia Israel «porque no había ningún otro sitio donde ir». El mismo guerrillero (procedente del Fatah) añadió: «Yo creo que el porvenir de mi pueblo está en la coexistencia pacífica con el pueblo de Israel.»

Naturalmente los gobernantes israelíes se apresuraron a explotar en beneficio propio el inesperado factor de propaganda que les proporcionaban las palabras de los guerrilleros refugiados, y el hecho de que éstos hubiesen mostrado asombro y reconocimiento por lo bien que al cruzar el Jordán los soldados israelíes les acogieron y alimentaron espontáneamente. El ministro israelí de Asuntos Exteriores, Abba Eban, dijo en la Knesset o Parlamento que las guerrillas árabes «confiaban más en el honor y respeto de sus *enemigos* israelíes que en el de sus propios hermanos». Y luego añadió: «Ellos buscan aquí refugio para escapar de una muerte cierta a manos de sus hermanos árabes...»

Realmente era exagerado y tendencioso el comentario de Abba Eban al emplear la palabra «árabes» cuando sólo se trataba de una represión oficial y parcial jordana. También era una autopropaganda del referido ministro israelí decir que los guerrilleros podían comprobar cómo «sus supuestos enemigos los israelíes tienen más honor y respeto por los valores humanos que su propio pueblo». Verdaderamente Eban se aprovechó de la evidencia de que en aquellos momentos los palestinos habían caído en una profunda depresión moral. En general, sus masas se encontraban desorientadas y extenuadas.

Sin embargo, otro aspecto positivo de la realidad era que, entre la mayoría de los árabes (cristianos y musulmanes) habitantes en la llamada Cisjordania, o sea el sector ocupado por los israelíes desde junio de 1967, la indignación por la represión efectuada por las tropas de Ammán y el crecimiento del odio contra el régimen de la dinastía Hachimita, no les impulsó a romper todos los lazos inmediatos con tal régimen y con el Estado de Jordania en general. El diario parisense *Le Monde*, a través de sus observadores en el Cercano Oriente, afirmaba que una rotura semejante es casi inconcebible mientras persista la ocupación israelí forzosa. Luego añadía *Le Monde* que, sin embargo, las circunstancias tendían a que los lazos con Ammán se relajasen, y que esto propendía a favorecer varias iniciativas de notables cisjordanos, en el sentido de que los palestinos del lado oeste del río tengan por lo pronto (y mientras dura la ocupación sionista,

de final aún dudoso e imprevisible) una doble representación directa o indirecta en los dos parlamentos de Ammán y de Jerusalén. Principal portavoz de tal tendencia es, por ahora, el alcalde musulmán de Hebron, Chej Ali el Yaabari. Dicho alcalde sostiene que en todo caso debe establecerse «un organismo interno palestino» dentro de las zonas ocupadas por Israel, en lo que fue Jordania antes de 1967. Dicho organismo, compuesto por delegados musulmanes y cristianos, podría administrar provisionalmente a Cisjordania (incluso bajo control israelí) hasta que se hiciese una paz en uno u otro sentido.

El Chej Ali el Yaabari visitó oficialmente Tel-Aviv, y fue espectacularmente recibido y fotografiado con Moshe Dayan. Sin embargo, todos quienes pueden ser considerados como portavoces de la opinión pública al oeste del Jordán creen que lo más indispensable es procurar que no se pierda la tendencia a que subsista una vinculación entre las que fueron las dos partes de la Jordania anterior, a los dos lados del río. De hecho los cisjordanos que hoy controla Israel preferirían que se rehiciese la Jordania de las dos orillas; pero bajo otro régimen que no fuese el del rey Hussein.

Entre los gobernantes israelíes las reacciones ante estas corrientes de opinión de los palestinos que se encuentran bajo la ocupación y la presión sionista vienen siendo muy distintas y hasta divergentes. Pero en casi todos se advierte una tendencia a tomar en consideración a los árabes cisjordanos y a creer que debe concedérseles una especie de autonomía interna provisional. Según los políticos israelíes más duros, el nuevo régimen para los cisjordanos (que suman unas 800.000 personas) sería una especie de protectorado. En cambio, hay otros que piensan en establecer condominio de acuerdo entre el Gobierno israelí de Tel-Aviv y el rey Hussein; ambos bajo la égida estadounidense. Moshe Dayan prefiere el protectorado, en el cual los palestinos del oeste del Jordán tengan derechos de gestión propios, pero sin que ellos sean los que puedan decidir su propia suerte. En cambio, Abba Eban dice que deben dejarse a la iniciativa de los palestinos de las zonas ocupadas todas las sugerencias posibles, en el sentido de dialogar y negociar directamente con los responsables israelíes. Por último, hay que citar la opinión del actual ministro de Comunicaciones, Simón Pérez (que fue famoso colaborador de Ben Gurion). Pérez se declara partidario de una «federación local tripartita» entre Israel, Cisjordania y la faja de Gaza.

Entre tanto, la tensión ha disminuido mucho en los sectores árabes de Palestina que fueron ocupados por las tropas israelíes en 1971. La única excepción es la zona de Gaza, donde subsisten núcleos de acción terrorista de los fedayin y de donde (por orden de Dayan) han sido expulsados 25.000 refugiados. En cambio, en Cisjordania, textos de observadores de lengua francesa dicen que Israel ha llegado a ser «*une autorité tolérée avec passivité*». En lo político, se ha autorizado el regreso de varias destacadas personalidades cristianas y musulmanas cisjordanas que residían en el Líbano o en Siria. Además no sólo los cisjordanos pueden ahora circular libremente por todo el territorio de lo que era Israel antes de 1971, sino que el ir y el venir de viajeros y mercancías entre Jerusalén y Ammán es incesante y tranquilo.

Lo más notable son los cambios sobrevenidos en los sectores de la vida económico-social. Gran parte de los árabes de Galilea, que desde 1948 tienen nacionalidad israelí han dejado sus aldeas para irse a instalar en las ciudades. Sus puestos de trabajo son ocupados por decenas de millares de cisjordanos, que, incluso tienden a ir industrializando las producciones rurales. Y existen sectores, como el de la construcción, donde predomina la mano de obra de los árabes palestinos, hasta el punto de que algún dirigente de la organización sindical oficial israelí de la Histadrut ha dicho que si no fuese por los obreros árabes palestinos todas las edificaciones en curso serían de imposible realización.

En noviembre del corriente 1971 (y teniendo en cuenta las nuevas deportaciones en la faja de Gaza) el número total de palestinos en las zonas ocupadas por Israel en 1967 se calculaba en 1.125.000. De ellos 800.000 en Cisjordania (sin Jerusalén) y 325.000 en Gaza. Una cifra aparte es la de los árabes de antigua ciudadanía israelí, que suman 340.000 y que poseen dicha nacionalidad voluntariamente. A ellos hay que agregar 70.000 árabes de Jerusalén que han sido incorporados a Israel sin consultarles. Así los árabes dentro del «Israel antiguo» son 410.000. Sumados con los del 1.125.000 de tierras provisionalmente ocupadas, son 1.535.000 los árabes que viven bajo el control del Estado sionista. Sobre esto constituye también un punto esencial de referencia el de que los judíos de Israel son 2.435.000.

Los referidos árabes de nacionalidad israelí vienen desempeñando desde hace varios años un papel reducido por el número, pero importante por lo activo dentro de la vida pública y política. En la Knesseth o Parlamento hay siete diputados árabes entre un total de 120. De ellos tres son musul-

manes sunnitas, tres cristianos (católicos, ortodoxos y monofisitas) y uno es musulmán de la secta de los drusos. En la actual legislatura hay cinco diputados árabes afectos al bloque gubernamental y dos en el grupo «Rakah», de oposición de izquierda. Por otra parte, un árabe de Nazaret, Abdulaziz Zhabi, es viceministro de Sanidad.

Tanto esos árabes que de hecho se encuentran integrados en todas las actividades públicas oficiales de Israel como entre los que siguen con estatutos inciertos de ocupación militar forzosa, coinciden en no haber perdido su sentido y su convicción de un «palestinismo» común. Por ejemplo, los árabes «minoritarios» dentro del Estado sionista se suelen hoy auto-definir del modo siguiente: «Somos miembros del pueblo palestino-árabe, pero con nacionalidad de Israel.» Es decir, que ponen en primer lugar lo «palestino», como fundamento; en segundo lo «árabe», como identificación; y en tercero lo «israelí» como circunstancia. La persistencia de la conciencia nacional palestina no es en ellos menos viva que entre los cisjordanos más o menos resignados y entre los resistentes que crearon las organizaciones guerrilleras. Pero el palestinismo sigue constituyendo el común denominador.

Indudablemente el concepto del palestinismo responde a varios hechos geográficos evidentes e imperativos, sobre todo en sus factores humanos. Durante los siglos medievales en que florecieron los jalfatos árabe-islámicos sucesivos de Damasco y Bagdad, el concepto de Palestina era sólo comarcal o de geografía física, pues en términos generales se refería a las zonas inmediatas al río Jordán, el cual servía como principal punto de referencia. En general, se sobrentendía que dichas zonas formaban parte de un conjunto natural mayor, que en lengua arábica se denominaba «*Ach Cham*» (o, mejor, «Ax-Xam», con la ch a la francesa). Este nombre era sinónimo del de la «Gran Siria», es decir, todo lo que tiende a confluir sobre Damasco. Así durante los siglos posteriores, sobre todo los del imperio-jalifato turco de Estambul, la natural Palestina (en árabe «*Falastín*») era administrativamente conocida como «Siria del Sur» («*Suriya Yanubiyá*»), extendida a los dos lados oeste y este del Jordán.

Cuando el 24 de julio de 1922 la ginebrina Sociedad de Naciones concedió a Gran Bretaña la tutela del lado oeste de dicho río, y el 16 de septiembre hubo otra concesión complementaria del lado este, la noción de la natural «*Falastín*» se rompió por primera vez artificialmente. Dicho lado

este recibió la denominación oficial de Transjordania (como una concesión personal a la familia de los antiguos jefes de la Meça, que habían ayudado a Inglaterra en la célebre campaña del coronel Lawrence). El lado oeste fue el «mandato de Palestina», sobre el cual se superponía confusamente la teoría del «*Eretz Israel*» de los sionistas; es decir, el plan de establecimiento de un «Hogar Nacional Judío en Palestina». Sin que la palabra «en» significase que incluyese a Palestina entera.

La brusca, inesperada y, en parte, agresiva creación del Estado de Israel, el 14 de mayo de 1948, y la incorporación posterior de parte del anterior «mandato» inglés de la orilla oeste al dominio de la corona del transjordano rey Abdullah dejaron desligados, desamparados y sin estatuto legal a la mayoría de las gentes del pueblo de los antiguos árabes palestinos. Hubo también el hecho de la dispersión forzosa de fugitivos y refugiados por Siria, Líbano, Kuwait, etc. Pero en todas partes los fugitivos, refugiados, desterrados (y luego emigrados hacia Hispanoamérica) reforzaron su unidad de sentirse miembros de una gran familia: del pueblo árabe palestino. En 1964, la acción política de los Estados de la Liga Árabe en El Cairo hizo surgir el concepto oficioso y confuso de «entidad palestinesa». Pero después de que en la guerra de los seis días de junio de 1967 la acción de los Estados árabes fue un rotundo fracaso, los palestinos tuvieron que replegarse sobre sí mismos, y sobre la idea del palestinismo-árabe macizo dirigido sólo por palestinos y sólo para los palestinos.

Entre 1968 y 1970 floreció, se desarrolló y, al final, se desarticuló la acción de las diversas organizaciones de los fedayin, o sea guerrilleros árabe-palestinos en armas. Ellos pudieron haber sido no sólo protagonistas del referido palestinismo local, sino de una sacudida renovadora de los sentidos nacionales entre los diversos pueblos del arabismo; más allá de los retrasos, las vacilaciones y los oscuros compromisos de varios de los Estados arábigos situados en el Cercano Oriente. Tal perspectiva ha desaparecido (por lo menos, momentáneamente) debido a dos motivos: el de la acción dudosa o confusa de aquellos Estados arábigos que dijeron ser protectores de los palestinos y el de la confusa diversidad de grupos y fracciones rivales entre los mismos fedayin, que nunca han sabido llegar a formar un «ejército oculto» (como fue el de la «Haganah», de los sionistas, en tiempo de la ocupación británica). Aunque de todos modos el sentido de la unidad y del protagonismo entre los fedayin ha seguido hasta ahora vinculado a la línea del Fatah y de su jefe y definidor, Yasser Arafat.



Precisamente desde la primavera del corriente año, Yasser Arafat ha repetido e insistido tenazmente la tesis del Fatah en pro de un palestinismo unitario total para todos los nacidos en Tierra Santa, en igualdad de condiciones para todos ellos. Arafat ha dicho y redicho: «Queremos crear una Palestina democrática, en la que judíos, cristianos y musulmanes tengan los mismos derechos y los mismos deberes; sin distinción de raza, color o religión.»

En cuanto a la acción para lograr esto, es evidente que sólo puede consistir en un reforzamiento del concepto de una Palestina unida y anti-racista, teniendo en cuenta el que su territorio no es sólo local, sino mundial, y el mundialismo aconseja fundir más que separar. El carácter de Palestina como «Tierra Santa», común para todas las formas religiosas mono-teístas de origen bíblico, es siempre un argumento clave, para el que entre septiembre y octubre se han aportado nuevos hechos legales, y se han expuesto nuevos razonamientos, sobre todo eclesiásticos. Lo primero, por la nueva condena de Israel hecha en septiembre por el Consejo de Seguridad a causa de las medidas del gobierno de Golda Meir para «judaizar totalmente a Jerusalén». Lo eclesiástico fue que en las sesiones del Sínodo de Obispos celebrado en el Vaticano entre octubre y noviembre los patriarcas católicos del Cercano Oriente denunciaron las violaciones oficiales israelíes en contra del carácter sacro de Jerusalén y del estatuto de los refugiados. La denuncia hecha por el patriarca latino de Jerusalén, monseñor Giovanni Beletti, fue luego apoyada por el cardenal del Líbano, su beatitud Pablo Meuchi, y el cardenal de Egipto, su beatitud Stephanos Sidarus.

En cuanto a la parte interna de la acción de los sectores árabe-palestinos a fines del 1971 se ve que existe un compás de espera, con el empeño de dar un nuevo contenido a la acción de su «Parlamento fantasma», o sea del Consejo Nacional Palestino. Entre tanto ponen sus mayores esperanzas en la aparición de nuevos factores favorables en la ONU. Uno de ellos es el de la futura actuación de la China de Pekín, al ser incluida entre los miembros permanentes del Consejo de Seguridad. Una delegación del Fatah había visitado Pekín en septiembre, siendo allí recibida con toda clase de honores por el ministro en función de Asuntos Exteriores, Chipeng Fei, y por el segundo jefe del Estado Mayor, Wang Hsin-ching. Las esperanzas que los nacionalistas palestinos ponen en la China de Mao se basan fundamentalmente en que esa China no patrocinó la creación del Estado de Israel en 1948 (como hicieron juntamente los Estados Unidos y la Unión

Soviética y, por tanto, puede estar más libre para hacer una presión pro árabe en la Organización mundial.

En un sector muy distinto hay que destacar la actuación en curso de la UNRWA, o sea de la Organización de la ONU para el socorro y la ayuda a los refugiados palestinos. Entre 1969 y 1971 la UNRWA ha reforzado considerablemente la parte de su actuación educativa entre las jóvenes promociones de dichos refugiados que la UNRWA controla y defiende en Cisjordania, Gaza, Transjordania, Líbano y Siria. Todos los niños y los adolescentes de los campos de refugiados han sido escolarizados, y en Beirut funciona el Instituto de Educación de la referida UNRWA, organismo técnico que ha preparado y puesto en funciones a 6.700 maestros, que enseñan en 497 escuelas. Para la enseñanza universitaria predominan la formación en países diversos, tales como Kuwait, Egipto, Siria, Suiza, España, Venezuela, el Iraq, etc. Sólo en las universidades españolas hay ahora 1.500 palestinos. En general, el esfuerzo cultural es tan intenso que la juventud palestina tiende a ocupar un puesto excepcional de desarrollo técnico entre todos los pueblos de lengua y sentimientos árabes.

RODOLFO GIL BENUMEYA